

Salomón

Parece que el rey David de la Biblia es un personaje coherente con la fecha en cuyo entorno se le sitúa: el año 1000 antes de Cristo.

Ese hombre guerrero, músico, astuto y polígamo es más que plausible en efecto.

Y lo mismo se puede decir de Moises en el Egipto del siglo XIV antes de Cristo.

Ese individuo rebelde, que consigue meter el monoteísmo en las duras cabezas de las gentes de un pueblo hartado de su sometimiento a las duras leyes del Imperio Nuevo de Egipto, es también un personaje admisible.

Pero el Salomón, hijo de David, de la Biblia, resulta difícil de asimilar.

Ese hombre sofisticado y culto parece más bien un personaje de novela, inventado sobre el modelo de algún soberano de un gran imperio.

Ahora bien, la idea de un hombre extremadamente inteligente que haya regido a un pequeño grupo étnico, y que haya quedado en el recuerdo de sus miembros a lo largo de los siglos o de los milenios, es más aceptable.

O la de una cadena de hombres sensatos que hayan conducido a la supervivencia a un pequeño grupo familiar a lo largo de todo tipo de vicisitudes, de rupturas, de engrandecimientos, de momentos críticos, de vaivenes, de ascensos y caídas.

Un cuento bíblico

Estamos en el 7777 antes de Cristo, es decir hace casi 10 mil años.

Un grupo de muchos hombres, mujeres, niños, viejos, ovejas, corderos, cabras y perros, está detenido en las afueras de una gran ciudad, en algún punto del Creciente fértil.

Un hombre de barba y pelo blancos ordena a dos jóvenes que carguen con un atado que contiene pieles diversas, y los 3 se adentran entre cabañas hechas de ramas hasta llegar a una zona más despejada.

Continúan por una calle perfectamente rectilínea y van dejando a derecha e izquierda lo que parecen entradas a moradas familiares.

Llegan a una plaza, y en una esquina entran por un hueco a una escalera que les hace descender a una habitación muy grande y llena de gente.

En uno de los lados hay gente de pie, bebiendo y cantando y riendo.

En otro hay algunos tableros y unos hombres silenciosos, comiendo.

En un tercer lado hay unos estantes con artilugios que maravillan a los que les contemplan.

Y por fin tenemos otro tablero donde un hombre enorme con apariencia de sacerdote y un gorro de piel, parece esperar la llegada de nuestros amigos. Palpa con delicadeza y ojos astutos las pieles y luego les lleva a las estanterías de las maravillas.

Ofrece un martillo y dos peines. El hombre de la barba blanca se vuelve hacia sus pieles y despaciosamente comienza a rehacer el paquete original.

El hombre del gorro sonríe y le pide a nuestro hombre que no tenga prisa.

Al fin hay acuerdo por 3 martillos, 6 peines y 4 agujas.



Cerrado el trato, el hombre grande explica a los visitantes como funcionan un telar y un huso y una rueca que los otros no dejan de mirar. El de la barba blanca fija sus ojos en los artefactos y el hombre del gorro sabe que volverán con más pieles; les dice que también está interesado en miel, y en carne seca de cabra.

Intenta invitarles a beber pero sólo consigue que la expresión del hombre mayor se endurezca y ordene a los 2 jvenes que le sigan hacia la escalera de subida a la plaza.

Deshacen el camino y un par de veces unas lindas mujeres se acercan a nuestros 2 muchachos, pero de nuevo la expresión adusta del jefe impide que estos se detengan.

Atraviesan la zona de chabolas de ramaje y llegan a su campamento.

Algunos hombres de la ciudad se han acercado y utilizando el lenguaje gestual tienen animadas conversaciones con varias bellas muchachas sentadas junto a los corderos y las cabras.

Y de nuevo el gesto adusto del hombre del pelo blanco. Y unas pocas palabras.

Y enseguida tenemos en marcha a la hilera de hombres, mujeres, viejos, niños, ovejas, cabras y perros.

Al poco tiempo han desaparecido de la vista de la ciudad.